



VNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Lectio

Acte Acadèmic de Lliurament de la

Medalla de la Universitat de València

Antonia Mir

Valencia, 1 de desembre 2017

Tiempo de Ofrendas

La interpretación de los misterios de la vida ha trabado un fascinante tapiz de manifestaciones antropológicas que la singular mirada del artista recrea y sublima a través de procesos creativos. Los ciclos de la Naturaleza, fuente inagotable de complicidades asociadas a estados anímicos concretos y a conjeturas; el culto a la belleza, el amor y la muerte tallan en la memoria de los pueblos hábitos, ritos y costumbres que testimonian las realidades intangibles del hombre, tan necesarias como las más primarias.

De ahí que la magnitud de dichos enigmas, proyectadas desde propuestas especulativas y estéticas distintas, logre, por añadidura, tejer estrechos vínculos entre lo íntimo y lo colectivo, incrementando de ese modo el valor esencial de brotes culturales instalados en los orígenes de sociedades dinámicas.

La muerte, incorporada al engranaje vital del individuo genera toda clase de emociones y abre un abanico de entendimientos simbólicos acerca de ella, tan amplio como diversas son las almas que, legítimamente, cuestionan, aceptan o sueñan a capricho suyo la propia finitud. El reto de vencerla provoca la necesidad de profesar la fe en un “más allá” de carácter cósmico, divino o nihilista, compensatorio de las frustraciones sufridas a lo largo de la vida y explicativo, a la postre, del fin último de la especie.

El culto a los muertos, ligado a lutos oscurantistas en algunas culturas y a gozosos reencuentros con los ausentes en otras, desencadena una batalla del hombre contra el olvido que perdura mientras los difuntos habitan su memoria. Mientras se libra, Eros vencerá a Tánatos.

Porque el recuerdo purifica el amor absolviéndolo de enconos y vilezas humanas. “La muerte es la sal de nuestro amor”, apunta François Mauriac. Pero la vida, lamentablemente, lo arruina con frecuencia.

La curiosidad por el paso del tiempo, las metamorfosis del hombre y de su entorno ambiental, expresada a lo largo de temáticas anteriores -zapatos viejos que ofrecen pistas de identidades diversas, paisaje al abrigo de luces mutantes y retratos dotados de extraordinaria plenitud substancial-, se revitaliza en uno de mis múltiples viajes a México, al advertir el mestizaje de dos culturas -la indígena y la hispánica amalgamadas ambas en ritos funerarios de apariencia contradictoria, pero avenidas bajo el manto de la añoranza que extienden los muertos sobre los vivos, después de abandonarlos rumbo hacia lo desconocido. Un testimonio constatable de que el sentimiento de pérdida y el deseo de reencuentro son universales e incluso armoniosos pese a las singularidades atávicas y los contrapuntos de cada grupo étnico.

Vida y muerte, duelo y gozo, barroquismo, ternura y llanto coexisten, delatan emociones intrínsecas y regalan los sentidos en el Día de Difuntos mexicano, tiempo de ofrendas que he trasladado a tablas y lienzos, captando toda clase de matices esenciales y cromáticos.

Descubrí la Fiesta en mi segundo viaje a México, cuando visité el fabuloso Museo de Antropología de D.F, que me impresionó y motivó a conocer el vigente arraigo popular de ésta, a través de varias manifestaciones estéticas, expuestas, por aquellas fechas, en hogares de toda condición, centros oficiales, académicos y recintos de carácter cultural como la casa de Frida Kahlo donde se alza un frondoso altar dedicado a la carismática artista mexicana. Flores y cirios, agua (que no le falte al “muertecito” si viene sediento y cansado del Más Allá), panes y dulces, ungidos de un envoltente aroma a copal que limpia el lugar de malos espíritus, enmarcan su trato y la invitan al puntual regreso de un noviembre benigno. En el pequeño jardín, misterioso e íntimo, mágico cualquier día del año, se acentúa el hechizo y la presencia suya casi es corpórea. A Diego Rivera se le conjura desde la casa museo de Anaguacali, que conserva obras firmadas por él y piezas arqueológicas coleccionadas en vida.

Rendí homenaje a ambos en dos óleos, impregnados de simbolismo compositivo y fuerza cromática, que constituye un canto a su leyenda, una generosa ofrenda al arte de quienes lo cultivaron apasionadamente, entendiéndolo como seña emblemática de una aventura vital fiel a las raíces suyas. De ahí que las identificaciones populares con los maestros Diego y Frida no sean gratuitas.

Los tres viajes siguientes a México atienden ya al objeto de ampliar mis investigaciones sobre el tema y a extraer de él todas sus posibilidades. El reto es difícil pero rinde los beneficios apetecidos. Porque el encuentro con la explosión colorista de la Fiesta enriqueció mi paleta, a la que incorporé tonalidades poco trabajados hasta

entonces. Ese quiebro en mi larga carrera profesional, me reportó entusiasmo, rotundidad plástica, un cambio de talante definitivo. Los cuadros ahora son osados, vigorosos, sin concesiones a la melancolía ni a la morbidez sentimental, pero rebosantes de lirismo.

En las ofrendas de los altares, expresé un derroche de oropeles cromáticos, porque a los vistosos adornos reglamentarios se suman variopintos bártulos, evocadores del carácter, vicios y virtudes de cada difunto -manjares y bebidas, libros o estampitas de santos que fueron objeto de su particular devoción-, en los cementerios de polvorientos caminos abiertos entre fosas sencillas, coronadas de siemprevivas, nardos y ambarinos manojos de cempasuchitl (flor típica mexicana), se nos sugiere la tierna rebeldía a la que nos aferramos para poblar la soledad de los muertos y aliviarnos del peso de su ausencia. Con amarillo, fucsia, blancos, tonalidades verdes y gamas violetas sobre un fondo ocre que transmite desolación, nos implica en esa victoria arrebatada al olvido o lo que es igual en el triunfo del amor frente a la irremediable pérdida del ser amado.

Sólo cuantos nos anteceden en el misterioso trance hacia otras dimensiones podríamos confirmar un reencuentro definitivo. Pero nunca lo harán, para mayor turbación del hombre a quien se le impone amar la vida, inventarla cada día, aferrarse a los afectos terrenales y luego renunciar a ellos sin dolor, confiando en las sublimes promesas de improbables paraísos donde, reunidos finalmente, quizá seamos libres y felices.

La temática de ese enigma tan universal, la traté con singular pasión cuando visité Puebla o la isla de Jatnizcio que emerge en la laguna de Patzcuaro. Allí, el abigarramiento floral y la bulla festiva me mostraron composiciones frescas, despojadas de amaneramientos y folclorismos anecdóticos, provistas de toques expresionistas que insinúan hondura y llaneza.

Porque, los cuadros concebidos en Jatnizco quintaesencian el espíritu popular, su ingenio y capacidad creativa para celebrar el evento con estridente brillantez y modestia de recursos. Los mejores manteles del sucinto ajuar doméstico revisten las toscas mesas repletas de láminas, viejas fotografías y guirnaldas de papel picado. Los dulces, frutos, velas y licores, de mejor o peor factura, sin embargo, son tan representativos como los más exquisitos y llenos de selectos productos propios de un culto, generador de notables dividendos para la industria mexicana. Y es que la precariedad de poder adquisitivo en las zonas rurales, lejos de desmerecer las ofrendas las enaltece, considerando que éstas constituyen espontáneos monumentos a la imaginación, matiz nada desdeñable para la mirada de un artista.

Una estimación global de la serie revela entre un concepto tenebroso de la muerte -a la vista de algunas composiciones menos coloristas- y otro desdramatizado, por el que la pintura termina apostando. Certeros y sutiles trazos invitan a conjeturas inquietantes, evidencian presentimientos, trasiegos sobrenaturales, susurros y recados a los muertos.

Los primeros días de noviembre son fechas de asueto en el jardín de dios. Los vivos salen a su encuentro, voltean las campanas, alumbran con fogatas y candeleros de barro la llegada de los “angelitos” y adultos que vienen de la eternidad. Casas y camposantos florecen. Humildes ramilletes anónimos, depositados por caridad, fetichismo o miedo a las maldiciones, adornan hasta las tumbas desatendidas.

De noche, corre el licor para “calentarse”; suenan los mariachis y en algunos barrios, no falta el recital de “calaveras” que recuerdan al poderoso su postrera condición. Mientras, Eros y Tánatos se funden en un apasionado abrazo, capaz de conmover corazones y acuñar estéticas.

La costumbre de las ofrendas me impresionó de tal manera, que viajé a México hasta cinco veces. El resultado de estos viajes, fue la exposición que preparé, “Día de muertos en México, OFRENDAS”. Todo un mundo de recuerdos a los que se fueron. Recuerdos y colorido, pues puedo decir que pintando mis cuadros, de ofrendas y cementerios, “limpié y aclaré” mi paleta y me reconcilié con el color.

Estos cuadros, fueron expuestos en el Palau de la Música de Valencia el día 8 de febrero de 1995.

Hasta sendos cuadros de Diego Rivera y Frida Kahlo, se sumaron a modo de homenaje cultural a este CÚMULO MONOGRÁFICO.

Uno de los mejores cuadros fue donado al Palau de la Música, y el resto: parte están expuestos en el Museo Antonia Mir de Catarroja, donde se pueden visitar y parte están en mi casa.

Antonia Mir, diciembre de 2017



VNIVERSITAT DE VALÈNCIA